252

A LA ZORRA CANDILAZO.

BRETON DE LOS HERRERA.

PERSONAS. | ACTORES.

PERSONAS.	ACTORES.
Adela, viuda jóven.	*Sra. Concepcion Rodriguez.*
Don Mariano, su amante.	*Sr. Cárlos Latorre.*

La Escena se finge en una casa de Campo cerca de Madrid.

Ridaura con carta.

Á LA ZORRA CANDILAZO.

El teatro representa una sala con puerta en el fondo, dos laterales y una ventana.

ESCENA I.

ADELA (1).

Mucho le agradezco á mi tio esta noticia. Vaya, que ocurrencia como ella... Leamos otra vez. "Mi querida sobrina, segun mi cálculo ya debes de haberte trasladado á tu hacienda del Alamillo, donde piensas celebrar tu casamiento con mi hijo. Dentro de pocas horas se pondrá en camino, y yo me apresuro á anunciarte la mas insigne locura de que pueda ser capaz un hombre. Ya sabes que Mariano, á pesar de su viveza y su talento, tiene sus humillos de filósofo." Sí; en el dia solo con pensar mal del prójimo, y ventajosamente de sí mismos, se tienen muchos por filósofos. "Ausente de tí cinco años, de los cinco y medio que llevas de viudez, me ha parecido muy deseoso de saber si esa li-

(1) *Aparece con una carta abierta.*

bertad que se atribuye al estado de viuda ha alterado en tí alguna de aquellas cualidades preciosas que le enamoraron." Siempre ha sido caviloso. "En una palabra, he descubierto que mi buen Mariano cree deber á lo que él llama sus principios un exámen secreto de tu carácter, de tus gustos, y del verdadero estado de tu corazon." ¿Que quiera yo á un hombre tan impertinente?... Prosigamos. "Figurándose que no es fácil reconocerle despues de una ausencia de cinco años, trata de presentarse á tí bajo el nombre y disfraz de Carrasco, su viejo mayordomo." Buena humorada es por cierto. "Lo que ha oido contar de una cierta Nemesia con gafas muy parlanchina y muy original, que te sirve despues de la muerte de tu esposo, le ha sugerido la eleccion del personage indicado. Se propone sacar un gran partido de la cháchara de esa vieja. Diviértete un poco con la estravagancia de mi hijo, que denuncio únicamente á tu buen humor, bien seguro de que tu corazon la escusará como nacida del amor mas tierno y decidido." ¡Bravo, señor primo! ¡Gran proyecto! ¡Quiere usted pruebas, quiere usted chismografia!... Será usted servido. — ¡Qué mentecatos son los hombres! Al fin noso-

Monto. pta. dra.

tras no somos ridículas sino cuando queremos serlo, y ellos... siempre que se les antoja á las mugeres. Poner en duda nuestra sinceridad, es lo que menos les perdonamos. Con que prepárese usted, señor don Mariano.—Quisiera encontrar un arbitrio original... un medio... ¿Y cuál mas á propósito que el suyo mismo?— ¿Pero será tan simple que no me reconozca?... ¿Por qué lo dudo? Irritando su pasion de antemano, y trastornando su cabeza... ¡Oh! sí, ¡Como de esos vértigos produce el orgullo ofendido. Es necesario... Siento pasos. ¡Oh! Ya le tenemos aqui, sino mienten las señas.

ESCENA II.



ADELA Y DON MARIANO (1).

Ade. ¿Qué se le ofrece á usted?

Mar. Perdone usted, señorita. Soy mayordomo del señor don Mariano de Aguilera. Acabo de llegar.

Ade. (2) ¿Con él?

Mar. No señora. Ya sabe usted que al amor le pintan con alas. Impaciénte mi

(1) *Disfrazado de viejo.*
(2) *Con sorpresa afectada.*

amo por ver á usted caminaba con tal precipitacion, que volcando el cabriolé...

Ade. (1) ¡ Calla ! ¿ Se ha roto ?

Mar. ¡ Oh ! En mil pedazos. Mi señor ha tenido que detenerse á su pesar en Torrejon.

Ade. (No miente mal el señor filósofo).

Mar. (No la hace mucha impresion mi fracaso. No importa. Bien va, pues no me reconoce).

Ade. (2) Con que, ¿ tendrá que detenerse algunos dias ?

Mar. No lo sé, señora. — (¡ Qué frialdad !)

Ade. Se quedaria aturdido del golpe. ¿Verdad ?

Mar. Sí señora.

Ade. (3) ¿ No ha tenido otra consecuencia peor el vuelco ?

Mar. ¡ Oh ! no. La lesion ha sido leve.

Ade. ¡ Dios mio ! Voy á enviar...

Mar. ¿ Para qué ? No es cosa de cuidado.

Ade. (4) ¿ Puede usted asegurar á lo menos que tiene sana la cabeza ?

Mar. Muy sana. De eso yo respondo.

Ade. Vaya ; pues vuélvase usted pronto

(1) *Con calma.*
(2) *Con tibieza y sin mirarle.*
(3) *Con tono casi de simple.*
(4) *Con intencion.*

á cuidarle. Píntele usted mi pesadumbre, y el interés que me tomo... ¿Cómo se llama usted?

Mar. Damian Carrasco.

Ade. Hasta la vuelta, señor Carrasco. Me parece usted un buen hombre.

Mar. Señora... Mucho placer tendria en consolar á mi amo con la pintura de ese vivo interés, de esa tierna inquietud: pero me ha mandado que le espere aqui.

Ade. (1) ¿Aqui?

Mar. Sí señora.

Ade. Bien. Le esperará usted, pero si viene... yo temo...

Mar. ¿Qué?

Ade. Se van ustedes á fastidiar. Una atencion indispensable... una gran fiesta me llama por algunos dias á la quinta de un amigo y vecino mio. — Me llevo á todos los criados.—A bien que don Mariano es indulgente, y no puede ofenderse porque yo cumpla con un deber tan sagrado.

Mar. (2) ¿Quién lo duda? Su cariño no podrá menos de complacerse en ello.

Ade. Basta: mandaré que le pongan á us-

(1) *Como turbada.*
(2) *Con despecho mal reprimido.*

ted una buena habitacion, señor Carrasco.

Mar. Señora, yo no merezco tanta...

Ade. Se compondrá usted con mi ama de llaves. Es una respetable doncella, muy hospitalaria. Ahora vendrá (1).

ESCENA III.

DON MARIANO.

¡Yo no sé lo que me pasa! Cuando supongo que me espera con impaciencia, cuando se prepara nuestro casamiento, ¡todo lo olvida por el frívolo interés de asistir á una diversion; de visitar á un vecino! ¿Y qué diré de su estraña acojida? ¿Cómo justificar la tibieza, la distraccion con que acaba de oir una noticia que debia colmarla de dolor? Sin duda para conmover ese corazon de hielo hubiera sido preciso romperse una pierna por lo menos. ¡Gran Dios! ¡Hé aqui lo que son las mugeres! ¡Y dirán que los hombres las injurian! ¡Dirán que somos cavilosos, y que es un crímen imperdonable el no abandonarnos ciegamente á sus caprichos! — ¡Adela, Adela! ¿Es este tu

(1) *Parte con aire de indiferencia.*

Ridaura p. 129.

amor? ¡Cuán diferente la encuentro de como la conocí!... Cada vez mas bella; eso sí... pero... vamos; ¡si hasta sus facciones me parece que se han mudado! ¡Ah! sin las prendas del alma ¿qué son los atractivos del rostro? — Bien he juzgado yo de ese sexo voluble, y ahora sí que aplaudo mi artificio. ¡Ah! ¡Cómo haria yo el tonto en esta casa si no fuera por mi disfraz! — ¡Vive Dios!... Sigamos fingiendo. Sonsaquemos á la vieja; observemos bien á la viudita, y averigüe con tiempo Carrasco lo que su amo tal vez hubiera sabido... demasiado tarde.

ESCENA IV.

DON MARIANO Y ADELA (1).

Ade. ¡Ah! Perdone usted que le haya hecho esperar. Mi señora acaba de dar sus órdenes para que nada falte á tan amable huésped. Yo tengo mucho placer en saludar á usted, y en asegurarle que mi corazon sensible se ha dejado seducir dulcemente por los deberes lisonjeros que acaban de imponerme.

Mar. (¡Santa Bárbara, qué charlar!) Es-

(1) *De vieja ridícula.*

toy muy agradecido á tanta bondad; pero no se incomode usted, madre mia, que yo...

Ade. (1) Permítame usted. — Eso de madre mia, ofende á mi pudor.

Mar. (2) ¡Ah! Perdone usted...

Ade. ¡Oh! Si yo hubiera querido, mas adelantada podria estar; pero las circunstancias... la dificultad de una buena eleccion entre tantos apasionados.... Usted no debe ignorar lo que es un corazon inesperto, que teme comprometerse... Es terrible, terrible la edad de los amores. Sin embargo, por gusto soy todavia doncella.

Mar. Lo creo.

Ade. Esto no es decir que si en adelante... Pero ¡Dios mio, qué aturdida soy! Vaya; dirá usted que soy una niña.

Mar. Seguro está que yo lo diga.

Ade. Charlando, charlando olvido traerle á usted de refrescar.

Mar. ¡Oh! El gozo de contemplar esos hechizos...

Ade. (3) Basta, basta.

(1) *Dengosa.*
(2) *Con mofa.*
(3) *Poniéndole la mano en la boca.*

ESCENA V.

DON MARIANO.

¡Qué infernal vejestorio! — No importa. Hagamos bien el papel de Carrasco, y aunque sea preciso requebrarla....

ESCENA VI.

DON MARIANO Y ADELA (1).

Ade. Vamos; siéntese usted.
Mar. ¡Qué de finezas!
Ade. Lo que usted se merece. Soy ama de llaves, y para usted será siempre lo mejor.
Mar. (2) ¡Amable Nemesia!
Ade. ¡Justo cielo! ¡Qué mirada!... El es.
Mar. ¿Quién?
Ade. No, no me engaño. ¡Feliz casualidad!
Mar. ¿De quién habla usted?
Ade. ¡Ah! De un traidor que me adoró mucho tiempo... de un ingrato á quien amé yo tal vez demasiado. Es usted su vivo retrato.

(1) *Sirviéndole vino y vizcochos en una mesita.*
(2) *Apretando la mano á Adela.*

Mar. (1) Es muy dulce para mí el parecerme á una persona que mereció á usted tanto cariño; pero aun podria yo aspirar á un destino mas venturoso.

Ade. (2) ¡Cuidado que le hacen á una salir los colores... Vaya un traguito, mi prenda.

Mar. (3) Me parece que no habiamos de hacer mala pareja los dos.

Ade. ¡Ah!

Mar. Usted sirve á mi señora doña Adelita; yo á don Mariano. Ellos se van á casar; y si usted...

Ade. ¡Qué contagiosa es la imágen de la felicidad!—¿Pero cree usted, mi vida, que se verifique ese casamiento?

Mar. ¿A qué viene mi amo espresamente de Toledo, sino á casarse?

Ade. Es verdad; pero...

Mar. Hable usted.

Ade. Es que se ven tantas cosas que no se quisieran ver... tantas metamorfósis....

Mar. (Harto será...)

Ade. Aqui, para entre los dos, ¿conoce usted bien á su amo?

Mar. Bastante.

Ade. Se dice que es desconfiado y zeloso.

(1) *Con ironía.*
(2) *Con dengues.*
(3) *Despues de beber.*

Mar. Eh... Algunas veces.

Ade. Parece que ha dado tambien en la gracia de llamar filosofia á sus defectos. ¿Es verdad?

Mar. (1) Sí; algo hay de eso.

Ade. ¡Peor para él!

Mar. ¿Cómo?

Ade. Mi señora lo sabe; y sospecho que ya se ha arreglado...

Mar. ¿Qué dice usted?

Ade. Sí, querido. Una muger afiijida es natural que desee consolarse.

Mar. Se me figura que don Mariano no tiene ya tanto imperio sobre su corazon. Me ha recibido con una indiferencia...

Ade. Yo no me atrevia á decírselo á usted.

Mar. Irse á divertir cuando...

Ade. La venida de su amo de usted es intempestiva.

Mar. (2) ¿Por qué?

Ade. Porque viene á estorbar.

Mar. ¡Ah!... (Yo voy á hacer un desatino).

Ade. Mi amado Carrasco, no me gusta meterme en vidas agenas; pero usted me parece discreto, reservado...

Mar. Hable usted, hable usted con confianza.

(1) *Con risa forzada.*
(2) *Levantándose.*

Ade. ¿No echa usted otro traguito?
Mar. No, no. Ya no tengo sed. — (Abrasado estoy.) ¿Con que su viaje?...
Ade. Era fingido.
Mar. Para alejarme de aqui, ¿eh? Lo apostaria.
Ade. (1) Esperamos aqui, esta noche... en secreto...
Mar. ¿A un amante?...
Ade. ¿A quién ha de esperar una muger?
Mar. (¡Oh cielo!) Y dígame usted: ¿qué hombre es ese?
Ade. Su nombre no hace al caso. — Él ha quedado en venir solo y disfrazado.
Mar. ¡Disfrazado!
Ade. Asi se ha dispuesto para que usted no sospeche nada. Ese Carrasco es un pobre hombre, dice mi ama. No hay necesidad de mayor artificio para engañarle.
Mar. (¡Pérfida!)
Ade. ¿Eh?
Mar. No es nada... (2).
Ade. ¿Qué es eso? Pierde usted el color... ¿Le ha hecho á usted daño el vino?
Mar. No, no. — (3) ¡Pero qué veo!... Mi amo llega.

(1) *Con mucho misterio.*
(2) *Manifiesta imaginar un motivo para irse.*
(3) *Finge mirar al campo.*

Montano p.ª ora verso.

Ade. (1) ¿Su amo de usted?
Mar. Sí, él es. Yo vuelo. — Perdone usted, querida (2).

ESCENA VII.

ADELA.

Corre, corre, primo insigne. Cuando tú no te arrepientas de tu cólera, no he de ser yo quien soy. ¡Hombres! ¡hombres! ¡qué necios sois, y qué enemigos de vosotros mismos! Confieso que á este le tenia yo por un poco mas avisado. ¡Venir gratuitamente á hacer ver á su dama hasta qué punto se puede mofar de un zeloso! ¡Eh, señores mios, en esta materia no necesitamos que nos abran ustedes los ojos... ¿Y ahora? ¿Reconocerá mejor á su querida? No lo creo. ¡Si apenas se conoce á sí mismo! (3).

(1) *Fingiendo turbacion.*
(2) *Parte corriendo.*
(3) *Retira la mesita.*

ESCENA VIII.

ADELA Y DON MARIANO (1).

Mar. Que se acomoden esos muchachos en la granja inmediata... tú, Carrasco, quédate; que acaso te habré menester.
Ade. Yo lo creo.
Mar. (2) Buena señora, ¿es usted de casa?
Ade. Para lo que usted guste mandar. Hace que sirvo en ella dos años, tres dias...
Mar. No se le pregunta á usted tanto. — Yo me llamo don Mariano Aguilera.
Ade. (3) ¡Ah! Señor...
Mar. Anuncie usted mi visita á la señora.
Ade. Tengo á mucho honor el ser entre sus criados la primera que...
Mar. (4) Vaya usted.
Ade. Sí señor; pero como me precio de exacta...
Mar. ¿Qué? vamos.
Ade. Temo...
Mar. ¿Está en casa la señora?
Ade. (5) Oh... sí..., sí; es decir: no.

(1) *En su trage propio.*
(2) *Sin poder reprimir la cólera.*
(3) *Haciendo cortesías.*
(4) *Impaciente.*
(5) *Titubeando.*

Mar. Sí, no... ¿En qué quedamos?

Ade. Es que... se disponia para ir á una fiesta, y yo ignoro...

Mar. ¡Eh!... vaya usted á verlo, y no me rompa la cabeza.

Ade. Voy á servir á usted, caballero (1).

ESCENA IX.

Ridaura p.ta izq.a

DON MARIANO.

Su turbacion es natural. ¡Pobres criados! Triste destino es el vuestro cuando os obligan á tomar parte en criminales intrigas. Pero yo trastornaré tan negros proyectos. "Ese Carrasco es un pobre hombre. No hay necesidad de mayor artificio para engañarle." Ahora vamos á ver si se burlan del amo con la misma osadía. ¡Oh, dichoso talento mio! ¡Cuántas gracias debo darte! vamos; cada vez me aplaudo mas de mi invencion. Yo conseguiré ver á ese rival disfrazado. ¡Cobarde! ¿Y semejante hombre ha podido enamorar á Adela? ¡Eh! ¿Quién no se cree en el dia capaz de agradar á las mugeres? ¡Asi estan ellas! Todo lo confunde este siglo: el amor ya no distingue la petulancia del méri-

(1) *Se retira haciendo cortesías.*

to, la impudencia de la delicadeza. ¡Ah! ¡Qué zozobra interior estará ya sufriendo la ingrata! ¡Cómo va á temblar en mi presencia! Ya casi me inspira compasion, y... ¡Ella viene!

ESCENA X.

DON MARIANO Y ADELA (1).

Ade. (2) Muy bien venido seas, primo mio. Tu presencia restituye á mi corazon el placer y la felicidad.

Mar. Mucho celebro, señorita...

Ade. ¡Señorita! ¿Por qué tratarme con esa ceremonia? Soy tu prima, y muy pronto... ¡Querido Mariano! ¡Tu fatal accidente me tenia con tal pesadumbre... ¿No te lo ha dicho Carrasco?

Mar. Sí.

Ade. A no ser por él hubiera volado á tus brazos. ¿Estás ya restablecido? ¡Ah! ¡Si supieras cuánto se ha aflijido mi sensible corazon! Dime...

Mar. Tranquilízate... (¡Ah, falsa!)

Ade. Al fin te veo. ¡Instante delicioso (3), cuánto te anhelaba mi ternura!

(1) *En su trage.*
(2) *Con mucha ternura.*
(3) *Mirándole embelesada.*

Mar. (¡Oh! Esto ya pasa de raya).
Ade. ¿Qué dices? Parece que estás triste. Desecha ese aire melancólico, querido Mariano. Mi corazon necesita alegrarse. ¡Es tanto lo que me he fastidiado en tu ausencia!..
Mar. (1) ¿Te has fastidiado, eh?
Adel. Ya ves; solitaria en medio de los bosques...
Mar. Pues yo creía que no eran muy espantosos estos bosques, pues Carrasco me ha hablado de una fiesta...
Ade. Es verdad. El verse una fastidiada tal vez hace que se preste á los deseos de algun vecino, de cuyos obsequios se suele volver mas fastidiada que antes.
Mar. Poco lisonjera es esa idea para la sociedad.
Ade. ¿Es culpa mia que la sociedad no me haga dichosa?
Mar. Pero, si no he oido mal, hoy es cuando...
Ade. Sí. Iba á partir, y ya me quedo. ¿Hay fiesta, hay placer para mí como el verte?
Mar. Yo sentiria mucho que estando consentida ya, te privases...
Ade. No te aflijas, que nada he perdido. ¡Como son tan apetecibles nuestras fies-

(1) *Con ironía.*

tas actuales! La hermosa primavera sin duda deberia prestar en el campo nuevos atractivos á los juegos, á los pasatiempos de la juventud; pero ese tirano Madrid ha dado en invadir tambien los placeres campestres á cinco leguas en contorno, y todo lo viene á helar con su frívola civilizacion y su elegante intolerancia.

Mar. ¿Pues cómo?...

Ade. Se reunen sin eleccion y sin amistad una turba de petimetres insustanciales. Las damas ocupan sentadas la circunferencia del gran salon. Los caballeretes se pasean entretanto atusándose los rizos, y estirándose la corbata. Primero que el ruido de los violines abre comunicacion á los dos sexos, ya han tenido sobrado tiempo los concurrentes para murmurar de todo el género humano, para apurar todas las frases del filarmonismo y de la *toilette*, para impacientarse, para bostezar, y hasta para dormirse. — ¡En baile! ¡en baile! ¡Gran placer para los que blasonan de talento pedestre si le acompañasen la inocencia y la alegría, si no le hicieran insoportable la ridícula gravedad y la enfadosa etiqueta! Suena un piano. — ¡Silencio! Nadie respire, que va á cantar la señorita de la casa una cabatina

de *Semíramis.* ¡Pobre *Rossini*, cómo te tratan! Eso no es cantar; eso es chillar música. — No importa; es música en fin, y es forzoso aplaudir. ¡Ay del grosero que se atreva á fastidiarse! — ¿Pero qué se han hecho los padres y los maridos? Alli estan confinados en una sala interior jugando por vicio ó por aburrimiento, porque es *mal tono* perturbar en sus placeres... ó en sus intrigas á las hijas y á las esposas. — ¡La cena! ¡Espectáculo grotesco! Alli una señorita melindrosa hace ascos de todo, y encocora á sus colaterales; mas allá un hambriento toma por asalto y devora la racion de ocho; aqui un záfio salpica á su vecino trinchando un alon de perdiz; mas allá recibe don Cándido por equivocacion una pisada de inteligencia dirigida á su muger. Otro majadero me hace una fineza, tal vez del manjar que menos me agrada, y á mi despecho debo responderle con otra. Aquel capitan de inválidos se empeña en contar sus campañas á una niña de quince años, que la fatalidad colocó á su lado, y distraido con el recuerdo de sus glorias, ve desaparecer los platos que le sirven antes de probarlos, y se queda sin cenar. Otro necio cuenta una aventura increible, que él solo celebra. Alli suena un

insípido requiebro; allá un cuentecilo caduco; acullá una gracia desgraciada. Y los brindis, los gritos, el canticio infernal de los beodos, las risotadas, las bombas de poetastros impertinentes.... ¿Dónde hay cristiano que tolere semejante baraunda? — A esto llaman los tontos una fiesta, y los que tienen sentido comun un suplicio intolerable.

Mar. Esa descripcion es poco á propósito para seducir á un corazon sencillo, enemigo de la falsedad; á un corazon...

Ade. (1) Tal como el nuestro, porque nosotros podemos responder el uno del otro, y...

Mar. (2) Perdone usted. Harto hará cada uno en responder de sí mismo.

Ade. ¡Cómo!

Mar. Yo soy franco. Las mugeres...

Ade. Las mugeres son, cuando menos, capaces de tanta virtud... de tanta filosofía como los hombres; y aunque un poco satíricas...

Mar. Ese fútil placer no es propio de una alma bella. Créame usted. Bien puede una señorita burlarse con mucha gracia de un baile ó de una cena, sin ser por eso mas cuerda que otras. El mundo

(1) *Con cariño.*
(2) *De mal humor.*

está lleno de errores; pero la murmuracion no ha de corregirlos. Mas fácil es criticar lo malo que practicar lo bueno. La verdadera filosofia ilustra sin ofender. La muger á quien inspira ignora sus atractivos hasta que un tierno amor se los hace conocer. No aspira á los triunfos efímeros, que tanto alhagan á una coqueta. Fiel á sus deberes y á sus promesas, no sabe disfrazar sus sentimientos; no abusa del imperio de sus gracias; no rie su boca cuando su mano hiere; desconoce el arte de cubrir con flores la espina que clava en nuestros sensibles corazones; complacida en la desesperacion de un amante demasiado crédulo, no baña en el veneno de la sátira el dardo que le asesina.

Ade. ¿Y qué quieres decir con eso? ¿Que hay pocas mugeres perfectas? Me parece que hombres y mugeres poco tenemos que echarnos en cara. Pero... (1)

Mar. ¿Qué?

Ade. Oigo el ruido de un coche.

Mar. (2) ¿Alguna visita?

Ade. Sí, ellos son, no lo dudo. ¡Qué importunos!

(1) *Vuelve la cabeza como quien oye algo.*
(2) *Agitado.*

Mar. (1). Bien. Es preciso recibirlos.
Ade. ¡Oh! escúsate la molestia de verlos. Son don Alejandro el importante, doña Verónica la mogigata, don Agapito...
Mar. ¡Don Agapito!
Ade. Pues; don Agapito Escalona.
Mar. ¡Cómo! ese libertino, ese botarate...
Ade. Habla mejor de quien merece mi aprecio.
Mar. (Ese es mi rival).
Ade. Don Agapito no carece de mérito.
Mar. ¡Oh! sublime.
Ade. De otro modo le recibiria yo si viniera solo.
Mar. Lo creo.
Ade. Mariano mio, para consagrarme toda á tí voy á despedir á esa turba impertinente. Entretanto puedes ir á pasearte por el bosquecillo. Allá iré yo á buscarte, caro esposo (2).

ESCENA XI.

DON MARIANO (3).

Al bosquecillo, mientras ella, la pér-

(1) *Ofreciendo la mano á Adela.*
(2) *Le saluda con aire de apasionada, y parte.*
(3) *Furioso.*

Midaura 1ª pta

fida... ¿Se puede escarnecer á un hombre mas indignamente? ¿Puede llegar á mas... Vamos, es preciso tomar un partido. Ya basta de flaqueza. Rompamos ese nudo culpable. Mi razon, mi honor, el amor mismo me dice... ¡Ah! Me dice que la adoro. ¿Qué corazon hubiera resistido al veneno de sus ojos? Tantas gracias en su rostro; y hasta la maldita travesura de su ingenio me encadenan á mi pesar... ¡Qué! ¿Yo podré perdonarla jamas? ¿Sufriré yo que un seductor me robe impunemente mi dicha? No, no. Cedo al impulso de mi cólera. Es preciso dejar memoria de mi venganza: matar á ese mequetrefe, ó morir á sus manos. Semejante canalla no se corrige con el desprecio. Solo matando á un fátuo se le enseña á vivir. Vuelo, le encuentro, le desafio, le... (1). Xx Se

ESCENA XII.

Don Mariano y Adela (2).

Mar. (3) ¿Qué es eso?

(1) *Ve á Adela que le acecha.*
(2) *De vieja.*
(3) *Siempre furioso.*

Ade. (1) Nada.
Mar. (2) Aqui no valen pamemas. ¿Qué hace usted aqui? ¿Por qué se me acecha? Hable usted.
Ade. ¡Ay! Con piedad; que me estropea usted.
Mar. ¿Viene usted á ver si me he ido ya al bosquecillo?
Ade. Señor...
Mar. Sosiéguese usted. Todo me lo ha dicho Carrasco.
Ade. ¿Carrasco?
Mar. Sí; ya sé los proyectos de Adela; ya sé que me engaña.
Ade. ¡Ah, señor!..
Mar. ¿A qué viene esa sorpresa? Repito que Carrasco me lo ha contado todo, indignado, como usted, de tanta infamia.
Ade. Yo estoy fuera de mí.
Mar. No hay que temer. — Vamos; parece que la señora Nemesia ha flechado al buen Carrasco. Me ha hablado de usted, y yo apruebo su eleccion.
Ade. ¡Amable muchacho! ¡Ah! ¡Qué tesoro tiene usted en él! Yo no sé qué ha sentido á su vista mi pobre corazon. Una llama, una palpitacion, una asamblea de tiernos afectos...

(1) *Fingiendo turbacion.*
(2) *La coje del brazo.*

Mar. Basta. Cuenten ustedes con mi proteccion (1); pero es menester servirme, es menester que yo sepa...

Ade. Si supiera usted el zelo que me inspira...

Mar. Veamos. ¿Qué coche ha sido ese? ¿Qué gentes son las que han venido?

Ade. (2) ¿Qué gentes?

Mar. Sí, vamos.

Ade. ¡Ah! Yo tiemblo. Esas gentes que usted dice...

Mar. Acabe usted.

Ade. Son... un hombre solo.

Mar. ¿Y ese hombre es el amante?

Ade. El lo dice á lo menos.

Mar. ¡Oh iniquidad! ¿Y ese amante está disfrazado sin duda?

Ade. ¿Disfrazado? Asi se pensó, pero ya se ha mudado de parecer. A veces el demasiado disimulo lo echa todo á perder. Está vestido como usted.

Mar. ¡Eso es! A banderas desplegadas.— Vamos... ¿y qué piensan?...

Ade. Señor... ¡Ah! Por Dios no me pregunte usted mas.

Mar. ¡Hum!... ¿Dónde está ahora mi rival?

Ade. Está... con la señora.

(1) *Impaciente.*
(2) *Como cortada.*

Mar. ¡Con la señora! ¿A solas?

Ade. A solas.

Mar. ¡Oh rabia! ¿Usted le ha visto?

Ade. Como le estoy viendo á usted.

Mar. (1) ¡Cruel evidencia! Y... ¿no ha visto usted nada mas?

Ade. ¡Oh! Sí señor.

Mar. ¡Infame!

Ade. La escena era por cierto muy curiosa. Él estaba hecho una furia.

Mar. ¿Y por qué?

Ade. Porque se le ha puesto en la cabeza que tiene un rival.

Mar. ¡Ah! Mi alegría es completa. Sí le tiene, sí; ¡y qué formidable rival! Ahora mismo voy á ofrecerle á sus ojos.

Ade. ¡No! Guárdese usted de dar semejante campanada. Yo me estremezco.— Mire usted, por otra parte, si yo no le observo mal, me parece que no tiene todo lo de Salomon.

Mar. Es un tonto.

Ade. ¿Le conoce usted?

Mar. Se llama don Agapito.

Ade. (2) ¡Don Agapito!

Mar. Yo se lo digo á usted.

Ade. Yo crei que...

(1) *Desolado.*
(2) *Haciendo la admirada.*

Mar. Crea usted á mi discurso profundo, penetrante.

Ade. La penetracion de usted me confunde.

Mar. ¡Oh! No piensen que yo me mamo el dedo.

Ade. ¡Caramba, si sabe usted!

Mar. Y su ama de usted, como muger esperta, habrá respondido á ese bendito con lágrimas y sollozos, ¿eh?

Ade. No. Mi señora se estaba mofando de él.

Mar. ¡Pobre hombre!

Ade. Sin embargo, por temor de ser vista no ha querido prolongar mucho el coloquio, y se han citado para luego... asi que haya anochecido.

Mar. ¡Qué oigo!

Ade. ¡Si le temen á usted mas que al draque! Como es usted tan astuto...

Mar. No, no es posible. Usted me engaña. Que ella me olvide, pase; pero olvidarse á sí misma... Imposible.

Ade. ¡Pero sino se trata de ninguna cosa mala! — La señora hizo venir esta mañana á un notario, y yo presumo...

Mar. ¡Cómo! ¿Tanto se ha encaprichado por ese mentecato que ya consiente en ser su muger?

Ade. Yo puedo hacerle á usted ver...

Mar. ¿Sí? Le cojo á usted la palabra (1). Vamos.

Ade. ¡Jesus mio, qué ojos, qué ceño espantoso!

Mar. (2) Vamos, digo.

Ade. No puedo. Me aterran las desgracias que va usted á causar.

Mar. ¿Con que se desdice usted?

Ade. No me desdigo; pero me hace usted estremecer. Yo soy una mocita honrada, aunque á mí no me toque decirlo, y para probárselo á usted...

Mar. Bien. Acabemos.

Ade. Mejor es que Carrasco, su mayordomo de usted... El es discreto y prudente. Usted tiene confianza en él. Yo prometo conducirle á la cita.

Mar. ¿A Carrasco? Bien; me conformo. (¡Infiel, caiste en la trampa!) (3)

ESCENA XIII.

ADELA.

¡Oh sublime filosofia, qué necia eres! ¡Eh! Ya va á ponerse el leviton y la pe-

(1) *Con rabia.*

(2) *Queriendo llevársela.*

(3) *Vase corriendo. Adela se rie siguiéndole con la vista.*

(Montano xxx p.

luca de Carrasco. Mis criados estan prevenidos, y no le perturban en sus mogigangas. Travesura de mi sexo, favoréceme. En tí sola cifro mi gloria.— ¿Pero no me he vengado ya bastante de su impertinencia? — No, no; que rabie. ¡Pobres mugeres cuando caemos en manos de un zeloso! ¿Tienen ellos compasion de nosotras? ¿He de tener yo reparo en atormentar á un hombre con fingidos agravios cuando ellos nos hacen tantos verdaderos?

ESCENA XIV.

(½ obscuro

ADELA Y DON MARIANO (1).

Mar. (2) Nemesia, mi amo me envia...

Ade. (3) ¡Ah! ¡Qué gozo es el mio! ¿Donde te metes que no te veo? Dulcísimo Carrasco, participa de mi satisfaccion.

Mar. Bien. Abajo me ha dicho don Mariano que usted me espera... Ya sabe usted para qué (4).

Ade. Sí, rey mio; para decirte que no he podido resistir á tu amable imperio, y

(1) *De viejo.*
(2) *Con tono áspero.*
(3) *Con delicia.*
(4) *Va anocheciendo.*

que no me cabe ya el corazon dentro del pecho. ¿Le ves, le ves cómo palpita? — Mi señora aprueba nuestro amor, y ya el notario...

Mar. Basta. — Tenemos que hablar de otro asunto. Mi amo espera de usted un servicio importante.

Ade. Sí, sí; pero nuestra ternura...

Mar. No urge tanto.

Ade. ¡Ingrato! Cualquiera que te oyera diria...

Mar. Que un fiel criado no debe ser moroso en servir á su amo.

Ade. (1) ¡Oh esperanza ilusoria! Tú me engañas.

Mar. No tal.

Ade. ¡Tú no me amas!

Mar. ¡Oh!... sí.

Ade. ¡Esto es hecho!

Mar. (2) ¡Dále bola!

Ade. Ese tono tan brusco...

Mar. ¡Todavia!

Ade. Tus ojos...

Mar. (3) ¡Voto á brios! ¡Cuando la digo á usted que la adoro!

Ade. ¡Tú me adoras!

(1) *Sumamente aflijida.*
(2) *Muy incomodado.*
(3) *Sacudiéndola el brazo con fuerza.*

{Mudanza p.ta izq.a contrato}

Mar. Sí... Pero, por Dios, no tardemos. Hemos de ir...

Ade. No hay necesidad de movernos de aqui. Se ha escojido este salon como mas oscuro... Ya sabrás...

Mar. Sí.

Ade. Ya va cerrando la noche. — Estate en este lado; pero mira que el sigilo y la prudencia...

Mar. No tenga usted cuidado.

Ade. Yo voy á verme con el notario... (1) A Dios.

Mar. (2) Buenas noches.

Ade. (3) Besa la mano que adoras.

Mar. Hum... (4) Vaya.

Ade. A Dios, palomo.

ESCENA XV.

DON MARIANO.

¡Oh! Yo sudo de coraje. ¿Cómo he de ser dueño de mí mismo? Este es el lugar escojido por la perjura... Ya es llegado el momento de su delito y de mi venganza. — ¡Bien empleado el tiempo

(1) *Tiernamente.*
(2) *Con dureza.*
(3) *Presentándole la mano.*
(4) *Se la besa con repugnancia, y se limpia despues la boca.*

que he consumido en estudiar á Séneca, y á todos los metafisicos doctores! ¡ Me he lucido con quemarme las pestañas para atestar de moral mi pobre cabeza! Todos esos filósofos han olvidado que si el cielo hizo sus lecciones, el diablo hizo á las mugeres. — ¡ Aun no vienen! — Sí;... oigo pasos... pero nada veo. ¡ Maldita oscuridad! — No importa; escuchemos bien.

ESCENA XVI.

DON MARIANO Y ADELA (1).

Ade. (2) Sí; este es el único partido que me conviene, y toda persona sensata me disculpará. Mi suerte seria muy desgraciada con Mariano. Es altivo, zeloso; y su genio suspicaz me haria vivir mártir. Con Agapito, que no presume de filósofo, y es naturalmente dócil, me prometo un porvenir mas venturoso.

Mar. ¡ Ah!

Ade. Oigo ruido.—¿Querido Agapito, eres tú?

Mar. (Me aprovecharé de su error) (3). Sí, yo soy.

(1) *De vieja.*
(2) *Con su voz natural.*
(3) *Fingiendo otra voz.*

contrato Luego con luz.

Ade. ¡Silencio! — Tú has merecido toda mi confianza. Voy á ser tu esposa; pero debo advertirte que he amado á don Mariano Aguilera, y aun le amaria si tuviera tu carácter; si tuviera tan sana la cabeza como recto el corazon.

Mar. (1) Señora...

Ade. ¡Chist!... Tus buenas prendas te grangean el premio prometido á tu rival. Ahora es preciso que veamos cómo alejar á Don Mariano; que aunque es un infeliz...

Mar. (No puedo contenerme.)

Ade. Su presencia podria turbar en parte nuestro placer. Lo mas cómodo y lo mas decente para todos es apresurar nuestro enlace. Por lo mismo he mandado estender este contrato. No falta mas firma que la tuya. En ese cuarto inmediato hay luz. Anda.

Mar. (2) (¡Ah pérfida! A tu pesar... ¿Qué voy á hacer? — ¡Oh vergüenza! ¡Desear yo la mano de quien me deja por otro! — No, no; pero la sorpresa que voy á causarle, tal vez será causa de que riñan. Empiece con ella mi venganza) (3).

(1) *Alterado.*
(2) *Toma el contrato.*
(3) *Entra en el gabinete.*

Ade. (1) Bien; muy bien. El primo firma como en un barbecho sin leer palabra.

Mar. (2) Tome usted su contrato.

Ade. (3) ¡Ah, ah, ah! Le pillé. Soy dichosa.

Mar. ¡Qué voz!

Ade. Carrasquito, soy Nemesia; soy tu muger.

Mar. ¿Mi muger?

Ade. ¿Qué tal? he sabido hacer bien el papel de mi señora? Te me querias escapar; ¡pero yo te amo, desdeñoso mio! Mi astucia te ha forzado á firmar nuestro contrato.

Mar. (4) ¡Buen Dios! ¡Dónde me he metido!

Ade. Ven, cachorrito, corresponde á mi ternura.

Mar. (5) ¡Miserable!

Ade. Ven á los brazos de tu tierna esposa.

Mar. ¡Hola! ¡Muchacho! ¡Una luz! — Yo iré por ella (6).

(1) *Observándole.*

(2) *Volviendo.*

(3) *Riendo, y tomando otra vez la voz de vieja.*

(4) *Aturdido.*

(5) *Rechazándola.*

(6) *Va corriendo al gabinete, y vuelve con una luz.*

Ade. ¡Qué risa me da el verlo tan apurado!

Mar. Vieja de Lucifer, vuélveme al instante ese papel funesto.

Ade. ¡Vírgen de la O, qué lenguage!

Mar. Dámelo pronto.

Ade. ¡Un papel que liga nuestros corazones! ¿Será posible, mi dulce Carrasco...

Mar. ¿Qué Carrasco, ni qué... (1) Yo soy don Mariano Aguilera.

Ade. (2) ¡El señor don Mariano!

Mar. El mismo.

Ade. (3) ¡Oh, inesperada fortuna! ¿En qué buen astro he nacido que tanta gloria me depara? ¡Yo esposa del señor don Mariano de Aguilera!

Mar. ¡Cómo! Tendrá usted valor para aprovecharse...

Ade. Hijo mio, á sesenta años no hay que andarse con melindres; es preciso aprovecharse de todo.

Mar. (4) ¡Furia del averno! ¡Yo tú esposo!

Ade. Vamos, vamos, que aun soy yo pasadera. Míreme usted bien; que todavia no se quiere jubilar este palmito (5).

Mar. ¡Triste de mi!

(1) *Quitándose el disfraz.*
(2) *Fingiendo grande admiracion.*
(3) *Con ridícula alegría.*
(4) *Fuera de sí.*
(5) *Tose.*

Ade. Este año se ha dulcificado bastante el asma que me aflije, y por lo que hace al flato...

Mar. ¡Qué no me confunda un rayo! (1)

Ade. Y soy de muy buena familia, y cuando yo quiero darme cierto aire... Quitarme, por ejemplo, este guardapies de dueña que me desfigura, y estos mangotes, y los anteojos, y la escofieta, trampas inocentes de un amor tan tierno como ingenioso, la caduca Nemesia no vale menos que la jóven Adela (2).

Mar. ¡Ah!... Soy un asno.

Ade. Nada de eso; pero sí un amante castigado de sus sospechas temerarias.

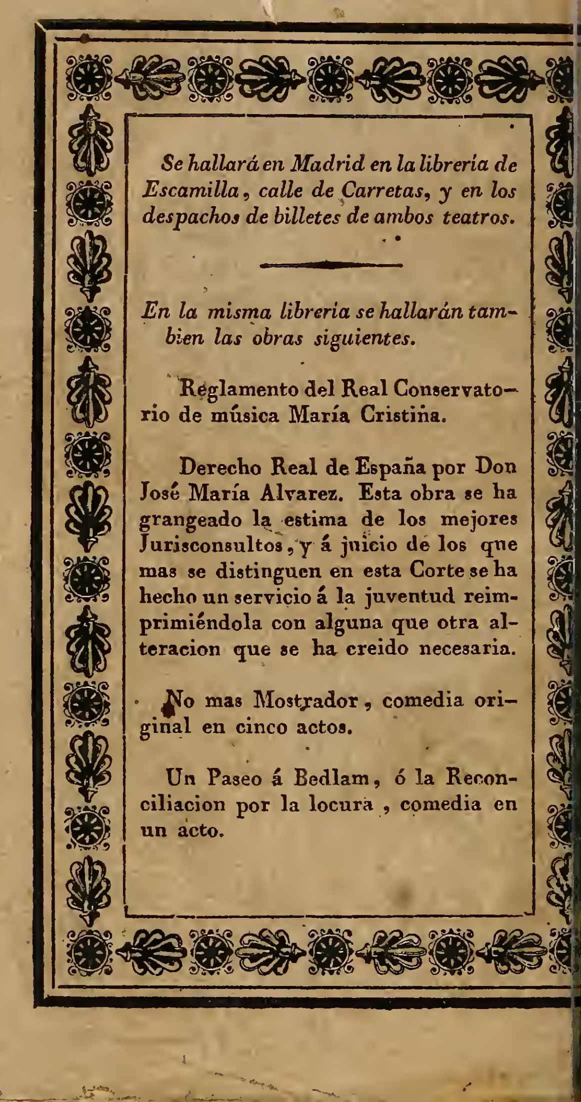
Mar. ¡Divina Adela! Ya no aspiro al honor de ser sábio.

Ade. Sé mi esposo, que es mejor. De tejas abajo, Mariano mio, el mas sábio es el que menos se figura serlo.

(1) *Se deja caër desesperado en una silla volviendo la espalda á Adela.*

(2) *Conforme va hablando se quita sus disfraces. Don Mariano muy agitado la observa, hasta que al fin reconociéndola se echa á sus pies.*

FIN.



Se hallará en Madrid en la librería de Escamilla, calle de Carretas, y en los despachos de billetes de ambos teatros.

En la misma librería se hallarán también las obras siguientes.

Reglamento del Real Conservatorio de música María Cristina.

Derecho Real de España por Don José María Alvarez. Esta obra se ha grangeado la estima de los mejores Jurisconsultos, y á juicio de los que mas se distinguen en esta Corte se ha hecho un servicio á la juventud reimprimiéndola con alguna que otra alteracion que se ha creido necesaria.

No mas Mostrador, comedia original en cinco actos.

Un Paseo á Bedlam, ó la Reconciliacion por la locura, comedia en un acto.